

Watson, Lawrence, Urbanization and the Guajiro Matrifocal family: Consequences for Socialization and Personality Development. *Antropológica* 27: 3-23, 1970a.

Watson, Lawrence, The Education of the Cacique in Guajiro Society and its Functional Implications. *Anthropological Quarterly* 43:23-38, 1970b.

Watson-Franke, Maria-Barbara, *Now you are a woman. Ahora eres una mujer.* México, Impresora Castillo, 1984.

Wilbert, Johannes, Goajiro Kinship and the *Eiruku* Cycle. *The Social Anthropology of Latin America. Essays in Honor of Ralph Leon Beals.* Edited by Walter Goldschmidt and Harry Hoijer. Los Angeles, Latin American Center, University of California, 1970, Pp. 306-357

Wilbert, Johannes, *Survivors of Eldorado. Four Indian Cultures of South America.* New York, Praeger Publishers, 1972.

Wilbert Johannes, Kinsmen of Flesh and of Blood: A comment on Possible Socioeconomic Africanisms in Goajiro Indian Culture. *LAAG contributions to Afro-American Ethnohistory in Latin America and the Caribbean.* Volume I. Edited by Meter Furst and compiled by Norman Whitten. Los Angeles: University of California, Latin American Center, 1976, Pp. 58-66.

Wilbert, Johannes, Karin Simoneau, and Michel Perrin, *Folk Literature of the Guajiro Indians.* Two volumes. Los Angeles, University of California, 1986.

## EL OCASO DEL GRAN ZENÚ

*Ana María Falchetti\**

Cuando las primeras expediciones españolas exploraron las costas de Tierra Firme a comienzos del siglo XVI, hallaron las bocas del río Sinú y oyeron rumores sobre la existencia del Gran Zenú, un legendario territorio sembrado de sepulcros indígenas que ocultaban insospechadas riquezas.

Crónicas y documentos de esa época consignaron tradiciones indígenas sobre la organización de los antiguos zenúes, cuando el extenso territorio formado por el Finzenú –en la hoya del río Sinú– el Panzenú –en la hoya del río San Jorge– y el

---

\* La autora es antropóloga, investigadora independiente. Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia

Zenufana –en los ríos Cauca y Nechí– era gobernado por caciques emparentados cuyo poder era atribuido a un origen mítico.

... tienen por tradición los naturales hubo tres demonios que fueron caciques y señores de ellos grandes tiempos... De estos tres el más principal era el de Zenufana que por tierra más rica la escogió para su particular gobierno, y en el Finzenú gobernaba una hermana suya a quien él era tan aficionado que deseaba que todos sus vasallos y los de los otros dos Zenúes le hiciesen la misma reverencia que a él... El tercero era el Panzenú (Simón, [1625]1981: V, 98).

La tradición sobre una antigua organización socio-política regional tiende a coincidir con la información arqueológica disponible hasta el momento sobre el desarrollo cultural prehispánico en el territorio que las fuentes documentales identifican como el Gran Zenú. Allí, comunidades indígenas herederas de largos desarrollos culturales, lograron su mayor auge varios siglos antes de la conquista. Durante siglos, la productiva y equilibrada utilización de los variados microambientes de la región Caribe, llevó al desarrollo de sistemas económicos estables y de sociedades cada vez más complejas.

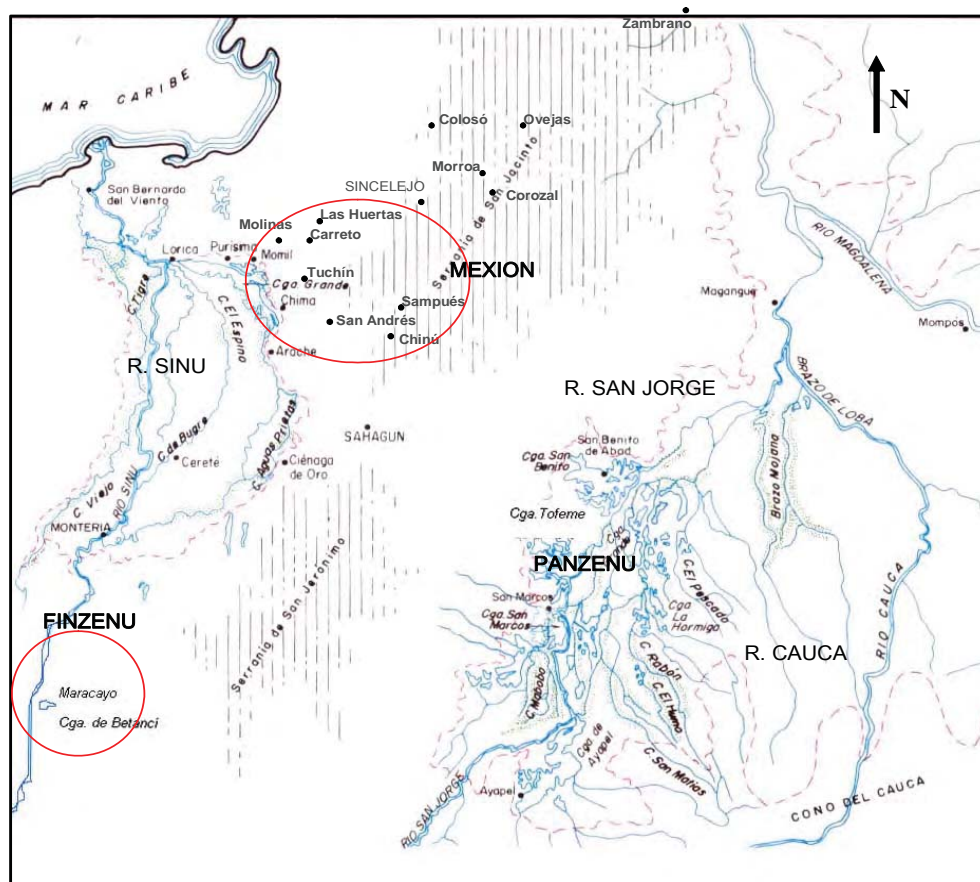
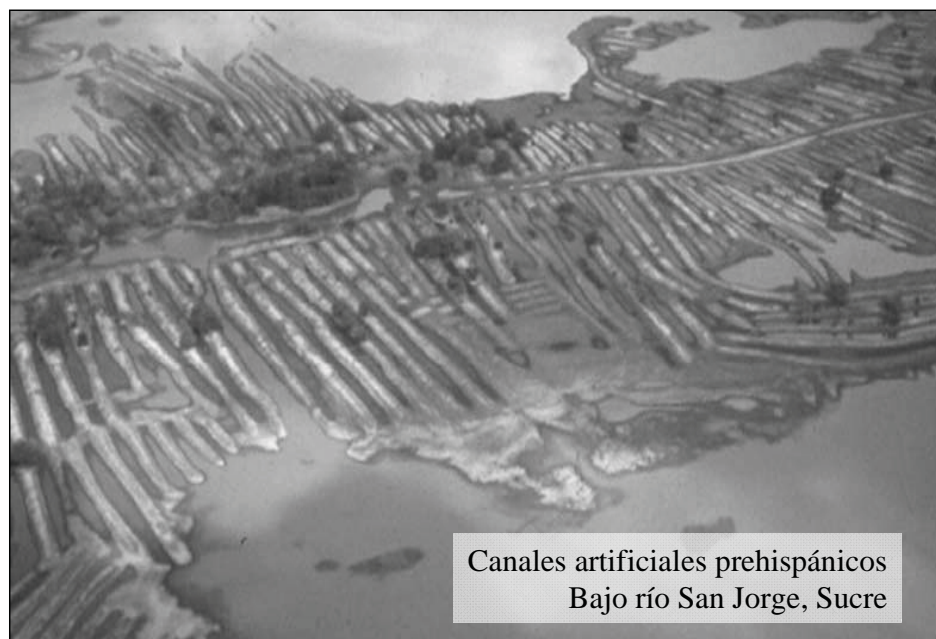


Figura 1. Zona de influencia de la cultura Zenú.

Desde el segundo milenio antes de Cristo, grupos indígenas manejaron las planicies de inundación en las llanuras del Caribe, para aprovechar la riqueza de su fauna acuática y la natural fertilidad de sus suelos. Con el tiempo, construyeron extensos sistemas de canales artificiales, que en el curso bajo del río Sinú cubrían 150.000 hectáreas de tierras cenagosas a lo largo de los caños El Tigre, El Espino, Aguas Prietas y otros antiguos cauces de este río. Más al oriente, 500.000 hectáreas de canales artificiales prehispánicos se observan en las planicies de inundación de la Depresión Momposina, un extenso delta interior donde confluyen las aguas de los ríos San Jorge, Cauca y Magdalena (Plazas y Falchetti, 1981. 1986. 1990; Plazas y otros, 1993). Allí, durante más de dos mil años, los canales fueron construidos a lo largo del antiguo curso del río San Jorge y de los caños principales de desagüe de la Depresión Momposina, junto con plataformas o aterrazamientos para las viviendas, y montículos artificiales para los entierros.

En esta zona, las mayores densidades de población se registraron entre los siglos V y X de nuestra era. Posteriormente, tal vez por la influencia de cambios ambientales con altos niveles de inundación que los expertos han detectado para esa época, las zonas más bajas y anegadizas fueron progresivamente desalojadas (Plazas y otros, 1988). Esta reorientación espacial no implicó el abandono total del aprovechamiento de los recursos que ofrecen las planicies de inundación, ni de las bases de una antigua estructura de poder. Al recorrer la documentación histórica referente a los primeros encuentros entre zenúes y españoles, se hace evidente que estos indígenas, como herederos de largos desarrollos culturales anteriores, aún mantenían, en el siglo XVI, una importante organización regional.



Canales artificiales prehispánicos  
Bajo río San Jorge, Sucre

Figura 2. Fuente: Plazas y Falchetti (1981).



Figura 3. Plataforma artificial para viviendas, San Marcos-Sucre.  
Fuente: Plazas y Falchetti (1981).



Figura 4.  
Túmulo funerario, Montelíbano-Córdoba. Fuente: Plazas y Falchetti (1981).

Desde los primeros tiempos de la conquista, los españoles organizaron expediciones, atraídos por la fama de ese Dorado de riquezas sepultadas. En 1515, Francisco Becerra fue enviado desde Urabá al mando de una expedición que llegó al pueblo del Cenú o Finzenú (Las Casas, [1552] 1951: III, 58), el principal asentamiento de los zenúes en la hoya del río Sinú. Según palabras del cronista Enciso, Finzenú se hallaba a "diez leguas de la mar sobre la ribera del río" (Enciso,

[1519]1974: 269) y el conquistador Juan de Vadillo, quien visitó la zona en 1537, afirma que este poblado también se llamaba Betancí, al igual que la gran ciénaga aledaña (Vadillo, 1537 citado en Muñoz, 1884: t.41, 394).

En 1515, los zenúes defendieron el pueblo de Finzenú y ninguno de los miembros de la expedición de Becerra sobrevivió a sus ataques. Sin embargo, los indígenas vieron cómo buena parte del poblado era consumido por las llamas, y cómo la llegada de nuevas enfermedades hizo mella desde entonces en la población nativa. Por ello, cuando, en 1534, Pedro de Heredia partió de la recién fundada ciudad de Cartagena y condujo una expedición hasta Finzenú, halló un pueblo relativamente pequeño, aunque rodeado de vestigios que atestiguaban de un esplendor pasado con poblaciones indígenas más numerosas (Simón, [1625] 1981: V, 103; 110).

Sin embargo, Finzenú sorprendió a los expedicionarios de Heredia por su privilegiada ubicación en una extensa sabana sembrada de parches de bosques, por la majestad de la cacica que lo gobernaba, por la habilidad de los orfebres que lo habitaban, y por el esplendor del templo que se erguía como el centro de la vida de aquella gente, porque Finzenú era ante todo un centro ceremonial conocido en amplias regiones del Caribe. El templo fue descrito por un miembro de la expedición de Heredia. Esta descripción, poco conocida, fue rescatada por Juan Friede (1956: VI, 216) en el Archivo de Indias de Sevilla:

...y al cabo de haber pasado grandes arcabucos y ciénagas, fuimos a dar en un pueblo que se decía el Cenu... hallamos más de 15 mil pesos de oro fino en un bohío que tenía mas de 100 pasos en largo, que era de tres naves... el bohío del diablo, adonde estaba una hamaca muy labrada, colgada de un palo atravesado, el cual sostenían en los hombros cuatro bultos de personas, dos de hembras y dos de machos, y encima de la hamaca donde decían que se venía a echar el diablo, estaba el oro...

El templo albergaba grandes estatuas de madera recubiertas de oro que sostenían hamacas llenas de ofrendas y estaba rodeado de árboles cuyas ramas ostentaban campanas de oro en forma de ‘almirez de boticario’, al decir de las crónicas. En el entorno circundante, la atención de los españoles se detuvo en los numerosos túmulos funerarios, esos “... sepulcros que llaman de Mogote, que tienen su bulto alto por lo cual los reconocen” (Friede, 1956: IV, 96). Entre ellos, se destacaba un gran montículo que los españoles llamaron el “sepulcro del diablo”, porque era allí donde los zenúes enterraban a los *piaches*, sus líderes religiosos (Simón, [1625] 1981: V, 109). Tal vez se trate del famoso túmulo de Maracayo descrito por Le Roy Gordon ([1957] 1983: 57) y por Reichel-Dolmatoff (1958) en la década de 1950.

En 1534, los soldados de Heredia se dedicaron en un primer momento a descolgar las campanas de oro de los árboles y a recoger las piezas de orfebrería indígena

que hallaron en el templo y en las casas del poblado. Según el tesorero de Cartagena, quien formaba parte de la expedición, este botín sumó más de treinta mil pesos de oro (Friede, 1956: III, 265). Crónicas y fuentes documentales describen las piezas con “diversísimas figuras” que adornaban las paredes del templo, formaban parte de las ofrendas o servían de adorno ritual a los zenúes; mencionan piezas con forma de aves, de animales acuáticos y terrestres, cascabeles, campanas y variados adornos.

#### ORFEBRERÍA DE LA REGIÓN DEL RÍO SINÚ. MUSEO DEL ORO, BOGOTÁ.



Figura 5. Remate, Moñitos-Córdoba.



Figura 7. Remate de bastón.



Figura 6 Cerámica de Betancí, Córdoba

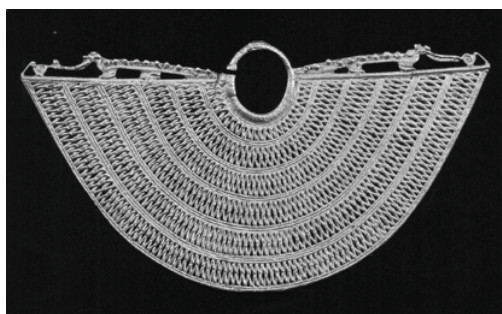


Figura 8. Orejera de filigrana fundida

Una vez recogido todo el oro visible, los expedicionarios de Heredia iniciaron el saqueo de los túmulos funerarios. Este fue muy productivo porque, al decir de las crónicas, en Finzenú estaban sepultadas muchas generaciones de caciques y *piaches* procedentes de todo el territorio del Gran Zenú (Simón, [1625] 1981: V, 98; 105; 128). Los túmulos de ésta y otras necrópolis principales de los zenúes podían contener piezas de orfebrería elaboradas por distintas comunidades durante muchos siglos. La orfebrería zenú fue producida desde antes de los comienzos de la era cristiana hasta la época de la conquista (Falchetti, 1993. 1995).

Las cifras sobre el oro extraído de Finzenú desde 1534 se multiplican en documentos de la época rescatados por Juan Friede (1956, 1960) en el Archivo de Indias de Sevilla. En 1535, un integrante de la expedición de Heredia vio sacar más de diez mil castellanos<sup>41</sup> de una sola sepultura y presencié el saqueo de más de cincuenta tumbas (Friede, 1956: III, 241). En 1537, Juan de Vadillo afirmó haber descubierto un sepulcro de donde dos jóvenes sacaron 19.000 castellanos; un reporte oficial del mismo año señala que el quinto real sumó 10.133 pesos de oro fino y 4.236 pesos de oro bajo (Friede, 1956: IV, 340; 238).

En Finzenú, los españoles establecieron la Villa del Cenú o Villa Rica de Madrid para organizar las actividades de g.uaquería y establecer una casa de fundición (Friede, 1956: IV, 96). Muchas piezas fueron también fundidas en Cartagena. Pocas debieron sobrevivir a éste y otros saqueos similares, a no ser tal cual objeto que la curiosidad de algún español guardara como recuerdo de aquel Dorado fugaz. Así, una orejera de filigrana fundida, típica de la orfebrería del Gran Zenú, apareció en 1992 en los restos de una embarcación española de mediados del siglo XVI que naufragó en la costa nor-occidental de Cuba (Escobar G., 1994: 104).

Finzenú se convirtió en el primer sitio de g.uaquería sistemática en el continente americano, y el oro de sus sepulcros contribuyó durante diez años al sostenimiento de la gobernación de Cartagena. El saqueo clandestino y los conflictos entre los mismos españoles llevaron a la Corona a redactar, en 1536, una legislación especial para la "explotación del oro de tumba", en un esfuerzo por salvaguardar su parte de las riquezas obtenidas en Finzenú y por reglamentar posibles saqueos posteriores en otras necrópolis de los zenúes. Sin embargo, la explotación clandestina continuó en Finzenú y el oro fue para quienes podían financiar esclavos negros para extraerlo. El mismo Pedro de Heredia se vio involucrado, y las acusaciones sobre la extracción clandestina de numerosas piezas de orfebrería indígena ocasionaron, tiempo después, el juicio de residencia en su contra.

Después de esta intensa actividad de saqueo, la importancia de Finzenú comenzó a decaer. En una carta al Rey, escrita en 1535, el obispo de Cartagena atribuye el acelerado despoblamiento de la zona a la destrucción de los asentamientos

---

<sup>41</sup> Un castellano=4,6 gms.

indígenas, a la esclavización de los zenúes que los forzó a migrar hacia otras regiones, y a la creciente escasez de alimentos que debían ser transportados desde Cartagena a muy altos costos (Friede, 1956: IV, 34).

Aquella migración de los zenúes se realizó, en parte, hacia a las tierras cenagosas y las sabanas al oriente de la Ciénaga de Momil, en el curso bajo del río Sinú, y a las estribaciones cordilleranas aledañas. Esta zona había sido el escenario de importantes desarrollos culturales prehispánicos (Reichel-Dolmatoff, 1956). En fuentes documentales de la primera mitad del siglo XVI, esta zona aparece como la "provincia de Mexío o Mexión" (Friede, 1956: IV, 221), y en la documentación de comienzos del siglo XVII<sup>42</sup> se mencionan las poblaciones indígenas de Chinú (o Senú), San Andrés (o Mexión), Chimá (o Pinchorroy) y Sampués<sup>43</sup>. En el antiguo valle de Mexión fue creado en el siglo XVIII el resguardo zenú de San Andrés de Sotavento, certificado mediante Cédula Real de 1782<sup>44</sup>.

Actualmente, los habitantes de este resguardo se llaman a sí mismos zenúes y sus tradiciones han guardado memoria de aquellas antiguas migraciones desde el curso medio del río Sinú. Estas tradiciones, que aún conservan la esencia de creencias ancestrales ocultas bajo un fuerte sincretismo religioso y siglos de transformaciones y mezclas culturales, fueron pacientemente recopiladas por las antropólogas Sandra Turbay y Susana Jaramillo, de la Universidad de Antioquia. La unión de los datos aportados por las tradiciones de estos zenúes contemporáneos, por la arqueología y la etnohistoria, aporta luces sobre las manifestaciones culturales de los antiguos zenúes observadas por los españoles, y sobre el valor simbólico de aquellos túmulos funerarios expoliados.

Los habitantes del resguardo de San Andrés construyeron túmulos funerarios hasta épocas recientes. Dicen que el montículo es “el techo de la casa del difunto”, porque así como el techo de las viviendas protege a la gente y a la reproducción social, el túmulo protege al espíritu del difunto en su proceso de regeneración, cuando inicia su viaje hacia el mundo del abajo, el mundo del agua. Allí, el espíritu transita por caminos de oro en el dominio del caimán de oro, el dueño del mundo de abajo. El caimán de oro sostiene al mundo, dicen; es el símbolo máximo del equilibrio, de la continuidad de la existencia y de la regeneración (Turbay y Jaramillo, 1986: 299. 1998: 388; Falchetti, 2000: 144).

Para los antiguos zenúes, el proceso de regeneración del espíritu de sus caciques y *piaches* se iniciaría cuando eran sepultados en cementerios especiales por su

---

<sup>42</sup> Visita de Juan de Villabona. 1610. Archivo General de la Nación. Bogotá, Visitas de Bolívar, T.6, f. 156- 253.

<sup>43</sup> Archivo General de la Nación Bogotá. Visitas de Bolívar, T.6, f. 183v.

<sup>44</sup> Cédula Real. Titulación oficial del Resguardo de San Andrés. Folios 178 a 198 del expediente original. Cartagena, julio 19 de 1782 (Serpa E., 2000: 21).



energía sobrenatural y por su relación con el mundo ancestral (Falchetti, 2000: 144-45). La importancia ancestral de Finzenú estaba consignada en los mitos y tradiciones de los zenúes del siglo XVI, cuyos retazos fueron recogidos por los cronistas españoles. Esas tradiciones relataban cómo, en tiempos ancestrales, el cacique Zenufana “...ordenó que todos los más principales señores de los otros dos Zenúes se enterrasen en... este Finzenú ... con todo el oro con que se hallasen a la hora de la muerte... o a lo menos que tuviesen sepulturas señaladas en el cementerio del gran santuario y buhío del diablo que había en este Finzenú...” (Simón, [1625]1981: V, 105-106).

#### MUSEO DEL ORO, BOGOTÁ.



Figura 9 Remate, bajo río Cauca, Majagual-Sucre.



Figura 10 Remate, río San Jorge, San Marcos-Sucre.



Figura 11. Nariguera con caimanes, río San Jorge, La Mojana-Sucre.

Cuentan las crónicas cómo esos líderes políticos y religiosos eran enterrados durante ceremonias comunales que aseguraban la cohesión de la población del Gran Zenú, y cómo el tamaño del túmulo dependía de la importancia social del personaje. Por lo demás, si un cacique no era sepultado en Finzenú, la mitad del oro que poseía a la hora de su muerte debía ser enterrado en el sepulcro que le había sido asignado en esa necrópolis (Simón, [1625]1981: V, 98; 105; 128). Los objetos de oro podían actuar como sustituto del espíritu del cacique en su viaje de transformación al mundo de abajo, porque simbolizaban el poder sagrado de estos personajes, mediadores entre lo social y lo sobrenatural (Falchetti, 2000).

En la primera mitad del siglo XVI, el saqueo de los sepulcros de sus antepasados destruyó para los zenúes el símbolo de la continuidad del ciclo vital y de la regeneración, y el fundamento cosmológico del ordenamiento del Gran Zenú, al tiempo que se desintegraba la estructura social, política y religiosa que sostenía el funcionamiento integral de la vida indígena en su territorio ancestral.

En ese entonces, el gobernador Pedro de Heredia no organizó la administración del Finzenú con base en la búsqueda de un poblamiento estable. Una vez expoliados los sepulcros indígenas, nada ataba a los españoles a estas tierras. Por ello, volvieron sus ojos hacia otras fuentes de oro, y ya en 1543, la Villa del Zenú o Villa Rica de Madrid se encontraba abandonada (Friede, 1956: IV, 123; 330).

Figura 12 (arriba), Figura 13 (abajo). Túmulos funerarios, San Marcos-Sucre.

Fuente: Plazas y Falchetti, 1981.





La migración española fue acelerada por las noticias sobre ricas minas de oro en las zonas montañosas y en el legendario Zenufana, sobre otros centros ceremoniales de los zenúes, como Faraquiel, que los rumores ubicaban al sur de Finzenú, y sobre las tierras al oriente donde los túmulos funerarios del Panzenú, en la hoya del río San Jorge, podían ofrecer sus tesoros escondidos.

En 1535, Alonso de Heredia, hermano de Pedro de Heredia, partió de Finzenú hacia el oriente, en busca del Panzenú. Al atravesar la Serranía de San Jerónimo, en la zona intermedia entre los ríos Sinú y San Jorge, estos expedicionarios "hallaron dos pueblos... con mucha más cantidad de sepulturas que en el Cenu..." (Friede, 1956: III, 267). Allí se encuentra la zona de Planeta Rica, que formó parte del antiguo territorio Zenú, y donde la gaaquería realizada en la década de 1990 sacó a la luz numerosas piezas pertenecientes a la orfebrería de esta gente (Falchetti, 1995).

Alonso de Heredia no se detuvo a saquear estos túmulos. Prosiguió hacia el oriente y arribó al pueblo de Yapel, importante centro político de los zenúes en la hoya del río San Jorge. Ubicado junto a la gran ciénaga del mismo nombre, este poblado era la sede del cacique Yapel, cuyos "vasallos y tributarios" ocupaban numerosas poblaciones del Panzenú (Castellanos, [1601] 1955: III, 78; Simón, [1625] 1981: V, 136-137), como Tofeme (hoy Caimito) y Tacasuán (hoy San Benito Abad), un importante centro ceremonial de los zenúes.

Los soldados españoles vencieron a los guerreros del cacique Yapel, devastaron su centro de gobierno e iniciaron el saqueo de los túmulos funerarios. La gaaquería española en Yapel y zonas aledañas no fue tan provechosa como en Finzenú. Los

rumores decían que muchos habitantes del Panzenú, advertidos de lo que había ocurrido al occidente, migraron o escondieron el oro (Friede, 1956: V, 221). La documentación existente sobre ataques a pueblos indígenas por parte de cuadrillas de negros esclavos muestra la inestabilidad creciente del poblamiento en la zona. En 1545, uno de estos ataques ocasionó la destrucción del pueblo de Tofeme (Friede, 1960: VIII, 69).

ORFEBRERÍA DE PLANETA RICA-CÓRDOBA. MUSEO DEL ORO, BOGOTÁ.

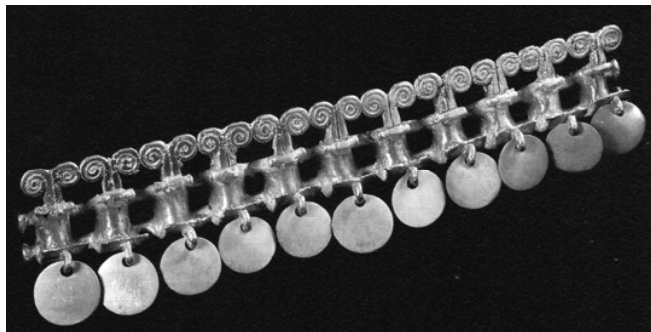


Figura 14. Colgante.



Figura 15. Pectoral.

En la hoya del río San Jorge, los españoles no organizaron el saqueo sistemático de los sepulcros zenúes. En esta región, también existieron cementerios especiales desde tiempo atrás. Las necrópolis prehispánicas de Montelíbano, por ejemplo, estaban en uso en el siglo X de nuestra era, según fecha obtenida a partir de un túmulo funerario. Allí existen agrupaciones de 5 a 40 túmulos, algunas de montículos pequeños, y otras de grandes acumulaciones de tierra cuya altura puede superar los seis metros, que incluyen entierros múltiples y cientos de objetos de oro y cerámica (Plazas y Falchetti, 1981; Plazas y otros, 1993; Falchetti, 1995).

En el Panzenú, las expediciones de conquista del siglo XVI hallaron el obstáculo de las planicies de inundación de la Depresión Momposina. Esta fue la zona donde las poblaciones prehispánicas construyeron la obra de ingeniería hidráulica que cubre 500.000 hectáreas. A pesar del desalojo progresivo de las zonas más anegadizas que se registró después del siglo X, los zenúes pudieron mantener el manejo y utilización de las fértiles tierras cenagosas aledañas a las poblaciones más importantes del Panzenú, ubicadas estratégicamente en el límite entre las planicies de inundación y las sabanas más altas aledañas. Las crónicas refieren que el pueblo zenú de Yapel estaba situado “en un alto” desde donde se divisaban las extensas llanuras circundantes cruzadas por ríos y arroyos notables por la abundancia de la pesca y poblados por numerosas aves acuáticas. En las planicies inundables aledañas a Yapel existen numerosos vestigios de canales, plataformas artificiales y otras construcciones antiguas.

#### ORFEBRERÍA DEL ANTIGUO PANZENÚ. MUSEO DEL ORO, BOGOTÁ.



Figura 16. Remate de bastón, Majagual-Sucre.



Figura 17. Colgante, San Marcos-Sucre.

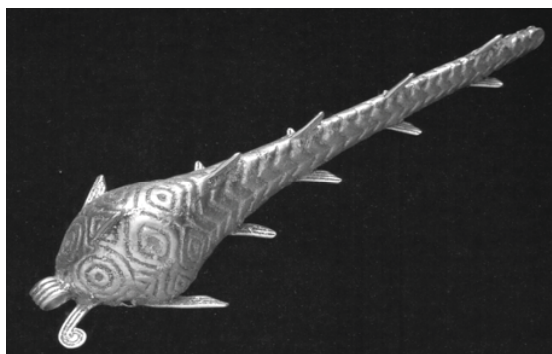


Figura 18. Colgante, San Marcos-Sucre.

En Yapel, los conquistadores advirtieron la abundancia y extensión de los cultivos zenúes, dispuestos en “extensísimas labranzas” de yucales y otros tubérculos, así como variados árboles frutales (Castellanos, [1601] 1955: III, 77; Simón, [1625] 1981: V, 136). Estas descripciones nos recuerdan los cultivos extensivos que creemos fueron desarrollados desde tiempo atrás, cuando ciertos sectores de las planicies de inundación fueron adecuados con canales intercalados, de 30 a 60 mts de largo, construidos en extensiones de 1500 a 2000 hectáreas (Plazas y Falchetti, 1981. 1986. 1990; Plazas y otros, 1988. 1993). Cultivos y viviendas eran protegidos por largos canales de drenaje con un kilómetro de largo en promedio, que evitaban el destructivo desbordamiento de los cauces (Plazas y otros, 1993). En Yapel, Tofeme, Tacasuán y sus áreas de influencia, los españoles hallaron los remanentes de ese largo desarrollo cultural.

La unión de la información histórica y arqueológica ha señalado que los tres sectores territoriales del Gran Zenú cumplían funciones complementarias e interdependientes aún vivas en el siglo XVI.

El Panzenú era principalmente una zona productora de alimentos provenientes de la agricultura extensiva y de la pesca, actividades que fueron presenciadas por los españoles en Yapel y sus alrededores, y que aprovechaban las ventajas de las planicies de inundación de la Depresión Momposina.

En el siglo XVI, el territorio del Finzenú se distinguía por congregarse a numerosas comunidades de orfebres, tejedores, ceramistas y otros artesanos especializados. Según las crónicas, estos artesanos podían producir “por encargo” para la gente de los tres zenúes (Aguado, [1581] 1957: IV, 21).

Figura 19 (arriba). Figura 20 (abajo).



El Zenufana, en el Cauca y el Nechí, región rica en aluviones auríferos, era una legendaria tierra de mineros que abastecía a los orfebres de amplias regiones en las llanuras del Caribe (Falchetti, 1996. 2000). En el siglo XVI, esta zona estaba habitada por grupos indígenas diferentes a los zenúes. Las crónicas refieren que los yamecíes controlaban la minería del oro de aluvión. Sin embargo, en esa época, los zenúes aún mantenían intensas relaciones de intercambio con ese territorio destacado en su mitología como “el más importante de los tres zenúes”, y que en tiempos antiguos formaría parte de su territorio ancestral. Según datos aportados por la arqueología, antes del siglo X de nuestra era la zona del río Cauca fue ocupada por gente relacionada con los pobladores de la hoya del río San Jorge (Plazas y Falchetti, 1981) y en la cuenca del río Nechí existen túmulos funerarios donde han sido halladas piezas de la orfebrería zenú más antigua, producida también antes del siglo X (Falchetti, 1995).

La fama del Zenufana –la tierra de los ríos de oro– también contribuyó a desviar la atención de los conquistadores de los túmulos funerarios, al convertirse en una difusa promesa de fuentes de oro más abundantes y permanentes.

La riqueza del Gran Zenú contribuyó paradójicamente a su misma destrucción, al fomentar el espejismo de lo inagotable. En los primeros tiempos de la conquista, el oro sepultado estimuló el saqueo y destrucción de Finzenú y Yapel, y de la organización regional que estos poblados centralizaban; en tiempos posteriores, ese oro también ha estimulado la g.uaquería en otros sectores del antiguo Gran Zenú.

En el siglo XVI, los gobernantes españoles no se interesaron en aprovechar la adaptación milenaria de aquella gente a esos medios particulares, para lograr un poblamiento estable e inventar un nuevo equilibrio. El manejo balanceado de la privilegiada riqueza natural del antiguo Panzenú fue interrumpido con la migración de los zenúes y la destrucción de su estructura sociopolítica. A través de los siglos, la Depresión Momposina ha sufrido un creciente desequilibrio ambiental.

El ocaso del Gran Zenú sepultó el legado milenario de aquella gente, fundamentado en el principio del equilibrio, rector de su sistema de pensamiento y oculto bajo ese esplendor de riquezas pasajeras.

Dicen los zenúes contemporáneos que la interacción armónica y el balance entre tierra y agua, y entre los mundos que representan, son mantenidos por el caimán de oro, el símbolo máximo del equilibrio del mundo (Ver Turbay y Jaramillo, 1986; Turbay, 1994: 233, 236; Falchetti, 2000). Los antiguos zenúes recibieron los poderes del caimán de oro, porque en este medio anfibio, donde el agua y la tierra se confunden, ellos trabajaron sin descanso para evitar una mezcla destructora y mantener el balance, y mediante una organización regional tripartita que



reproducía para ellos el equilibrio cosmológico, controlaron extensos territorios de la región Caribe.

La verdadera riqueza de los zenúes fue esa constante búsqueda del equilibrio, en un ajuste continuo a los vaivenes del clima, del tiempo y de la historia.

#### BIBLIOGRAFÍA

Aguado, Fray Pedro de [1581] 1957. *Recopilación Historial*. Biblioteca de la Presidencia de Colombia. Bogotá.

Castellanos, Juan de [1601] 1955. *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Tomo III. Editorial ABC. Bogotá.

Duque Gómez, Luis. 1958. “Notas históricas sobre la orfebrería indígena en Colombia”. *Homenaje al profesor Paul Rivet*. Academia Colombiana de Historia. Ed. A.B.C. Bogotá.

Enciso, Martín Fernández de. 1974. *Summa de Geografía*. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

Escobar G., Francisco. 1994. “Orejera de filigrana en un naufragio del siglo XVI”. *Boletín Museo del Oro*, No. 37. Bogotá

Falchetti, Ana María. 1993. “La tierra del oro y el cobre. Parentesco e intercambio entre comunidades orfebres del norte de Colombia y áreas relacionadas”. *Boletín Museo del Oro*. No.34-35. Bogotá.

-- 1995. El oro del Gra Zenú. Metalurgia prehispánica en las llanuras del caribe Colombiano. Banco de la República. Bogotá.

-- 1996. “El territorio del Gran Zenú, en las llanuras del Caribe colombiano. Arqueología y Etnohistoria”. *Revista de Arqueología Americana*. Número 11. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México.

-- 2000. “The Gold of Greater Zenú: Prehispanic Metallurgy in the Caribbean Lowlands of Colombia”. *Precolumbian Gold. Technology, Style and Iconography* (Ed: Colin McEwan) The British Museum. London.

Fals Borda, Orlando. 1986. *Historia doble de la Costa (3). Resistencia en el San Jorge*. Carlos Valencia Editores. Bogotá.

Fernández de Oviedo, Gonzalo [1543] 1944. *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Asunción.

Friede, Juan. 1956. *Documentos inéditos para la Historia de Colombia*. Vols. III, IV, V (Academia Colombiana de Historia). Artes Graficas. Madrid.

-- 1960. *Documentos inéditos para la Historia de Colombia*. Vols. VIII (Academia Colombiana de Historia). Artes Gráficas. Madrid.

ICAN (Instituto Colombiano de Antropología), COLCULTURA, Oleoducto de Colombia. 1994. *Arqueología de Rescate. Un viaje por el tiempo a lo largo del oleoducto*. Trabajos arqueológicos dirigidos por Alvaro Botiva. Bogotá.

Las Casas, Bartolomé de. [1552] 1951. *Historia de las Indias*. Tomo III. Fondo de Cultura Económica. México,.

Le Roy Gordon, Bruce [1957] 1983. *El Sinú. Geografía humana y ecología*. Carlos Valencia Editores. Bogotá.

Montejo, Fernando y Sneider Rojas. 1995. *Acercamiento a la dinámica cultural prehispánica en el sur de la Serranía de San Jerónimo*. Investigación arqueológica. Monografía de grado. Universidad Nacional de Colombia. Departamento de Antropología. Bogotá.

Muñoz (Colección). 1884. *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*. Tomo 41. Imprenta de Manuel G. Hernández. Madrid.

Plazas, Clemencia y Ana María Falchetti. 1981. *Asentamientos Prehispánicos en el bajo río San Jorge*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá.

-- 1986. "Una cultura anfibia: la sociedad hidráulica Zenú". *Colombia Caribe*. Fondo FEN Colombia. Bogotá.

-- 1990. "Manejo hidráulico Zenú". *Ingenierías Prehispánicas*. Fondo FEN Colombia. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá,

Plazas, Clemencia, Ana María Falchetti, Tomás Van der Hammen, y Pedro Botero. 1988. "Cambios ambientales y desarrollo cultural en el bajo río San Jorge". *Boletín Museo del Oro*. No.20. Bogotá.

Plazas, Clemencia, Ana María Falchetti, Juanita Sáenz S. y Sonia Archila. 1993. *La sociedad hidráulica Zenú. Estudio arqueológico de 2.000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano*. Banco de la República. Bogotá.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo. 1956. "Momil: excavaciones en el Sinú". *Revista Colombiana de Antropología*. Vol.V. Bogotá.

-- 1986. *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Fundación Segunda Expedición Botánica. Bogotá.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia. 1958. "Reconocimiento arqueológico de la hoya del río Sinú". *Revista Colombiana de Antropología*. Vol.VI. Bogotá.

*Recopilación de las Leyes de los Reynos de Indias*. 1943. T. II. Madrid.

Serpa E., Roger. 2000. *Los Zenúes. Córdoba Indígena actual. Gobernación de Córdoba*. Secretaría de Cultura de Córdoba. Montería

Simón, Fray Pedro [1625]. *Noticias Historiales*. 1981. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

Turbay, Sandra. 1994. "Los animales en la tradición Zenú". *Costa Atlántica Colombiana. Etnología e Historia*. Departamento de Antropología. Universidad de Antioquia. Medellín.

Turbay, Sandra y Susana Jaramillo. 1986. *La identidad cultural entre los indígenas de San Andrés de Sotavento. Córdoba, Colombia* (Inédito). Universidad de Antioquia. Departamento de Antropología. Medellín.

-- 1998. "Los indígenas Zenúes". *Geografía Humana de Colombia. Región Andina Central. Tomo IV, Vol. 3. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica*. Bogotá.

Vadillo, Johan [1537]. 1884. Carta del Licenciado Johan de Vadillo a su Magestad dándole cuenta de su visita a la Gobernación de Cartagena. En: Muñoz (colección). *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*. Tomo 41. Imprenta de Manuel G. Hernández. Madrid.

## COMENTARIO

*Roberto Lleras\**

La conferencia de Ana Maria Falchetti expone parcialmente los resultados de un proyecto de investigación que se adelantó durante un lapso de cerca de 20 años en las llanuras inundables del San Jorge y el Sinú por parte de un grupo de arqueólogos, paleoecólogos e ingenieros con el auspicio del Museo del Oro y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. Este trabajo se adelantó con base en tres líneas de trabajo: la investigación y desarrollo de cartografía; el examen de documentos de archivo y crónicas, y la investigación arqueológica en campo y colecciones de museo.

El resultado es, a todas luces, significativo. Aún cuando hay muchos detalles por resolver y temas por acabar de desarrollar y aclarar, lo cierto es que para la historia prehispánica de esta región esta labor representó un avance de gran importancia. Gracias a los resultados del proyecto, hoy tenemos un cuadro bastante claro sobre la cronología y periodización del área, se conoce la extensión de la ocupación Zenú y sus fluctuaciones en el tiempo, se cuenta con un inventario de la cultura material de los diversos períodos, se reconocen las características de la estructura sociopolítica del siglo XVI y se comprende la mecánica del sistema de drenaje. Lo importante, sin embargo, es entender que estos logros fueron posibles gracias a la interacción de las diversas disciplinas. Por sí sola ninguna de las líneas de trabajo habría avanzado como, en efecto, lo hicieron todas en conjunto.

La primera reflexión que queremos hacer con relación a este trabajo se fundamenta en este hecho y tiene que ver con el uso y validez de las diversas fuentes para el estudio de la historia. Para nadie es un secreto que la historiografía tradicional y aun las nuevas corrientes en historia confían, sobre todo, en las fuentes escritas. Para los historiadores los documentos son la fuente por excelencia y, salvo contadas excepciones, las imágenes y los objetos son pasadas por alto o se les da una importancia meramente marginal. No obstante, ejemplos como el que nos ocupa demuestran que las imágenes y los objetos son fuentes de gran valor para el estudio de la historia y que su lectura e interpretación son posibles y fructíferas.

Aun los objetos que componen las colecciones de museo y que se hallan, por lo general, desprovistos de información contextual pueden aportar información original. Desde la arqueología se ha demostrado que las colecciones descontextualizadas, abordadas desde una metodología apropiada, aportan información sobre áreas de distribución de conjuntos de cultura material, períodos, tendencias tecnológicas, patrones iconográficos, etc. No parece plausible sacrificar

---

\* El autor es Miembro Correspondiente de la Academia de Historia.

estas posibilidades en aras de una pretendida rigurosidad en el manejo de las fuentes. Hay aquí una lección de método, que compete a la relación entre arqueología e historia, que no es posible dejar de considerar.

En segundo lugar es importante recalcar la importancia que lo funerario tiene en el estudio histórico y arqueológico. Mas allá de la fascinación con los objetos que componen los ajuares funerarios, por regla general mejores y en mejor estado que los de contextos domésticos, lo cierto es que es cada vez mas claro que las tumbas, sus estructuras adyacentes y los rituales de enterramiento constituyen una ventana privilegiada para entender la cosmovisión de los grupos humanos. En el caso del Zenú es de interés adicional constatar que estos patrones culturales se prolongan hasta la actualidad. En relación con nuestra primera reflexión seria clave añadir que el estudio de lo funerario no debe verse como un campo exclusivo de los arqueólogos. Los historiadores tienen mucho que aprender y aprehender en este campo.

De la conferencia de Ana Maria Falchetti hay otro aspecto que destacar: la magnitud de las obras de adecuación hidráulica da mucho pensar sobre la organización del trabajo, la centralización de recursos y la administración y mantenimiento de las obras. Tradicionalmente se han vinculado en la historia y la arqueología las grandes obras hidráulicas con las formaciones estatales. Esta es una línea de pensamiento que se fundamenta en postulados como los contenidos en la noción del Modo de Producción Asiático desarrollado por Marx y Engels y posteriormente retomado por Godelier, Bartra, Chesnaux y otros. La idea dominante es que obras de adecuación agrícola de esta envergadura solo pueden realizarse cuando existe una organización estatal centralizada que coordine las labores de las comunidades locales. Grandes obras y estados centralizados se convierten así en elementos inseparables en la teoría sobre organización social. El estudio de muchos casos concretos ha demostrado que esto no es así y que se han realizado grandes y extensas adecuaciones agrícolas en el marco de organizaciones políticas no estatales, relativamente pequeñas y descentralizadas. Esto ha encontrado eco en la teoría del Modo de Producción Asiático que ahora contempla una pluralidad de posibles estructuras políticas y modos de transición de la sociedad sin clases a la sociedad de clases. En la investigación del sistema hidráulico Zenú hay un excelente ejemplo de estas alternativas.

Nuestro ultimo y, tal vez, más importante comentario se relaciona con el titulo de la conferencia de Ana Maria Falchetti: el saqueo. Que los pueblos, los santuarios y las tumbas de los Zenúes y de los demás indígenas de América fueron saqueados es ya muy bien conocido. Se ha discutido y difundido hasta la saciedad el asunto y, sea como fuere, ahora nada más se puede hacer sino llorar sobre la leche derramada. Lo que esta conferencia aclara y profundiza es lo relativo a la magnitud y el carácter de este saqueo. Que tan grande fue lo expoliado es algo que

normalmente pasa desapercibido o no se comprende cabalmente. Y es que las cifras sobre botines de miles de pesos de oro fino y bajo, quintos, tumbas abiertas, etc. no caben en la mente. Pero es importante hacer el esfuerzo de aproximarse a estas cantidades porque, como en todo asunto económico, la cuantificación habla sobre capacidades productivas y masas monetarias acumuladas.

El saqueo, por otra parte, no fue un fenómeno exclusivo de la conquista americana. Casi sin excepción, toda gran empresa de conquista territorial ha estado acompañada de saqueos, incluso las muy recientes que la breve historia del siglo XXI nos enseña. Cuando Roma expandió su poder imperial en el Mediterráneo cada nueva región conquistada era en principio saqueada. Lo mismo ocurrió con las conquistas de Alejandro Magno en Asia, con las del Imperio Mongol, con las guerras napoleónicas. En fin, hay centenares de ejemplos.

Pero América y, en particular las llanuras del Caribe y el territorio Zenú, tienen una particularidad. En los ejemplos arriba citados el saqueo constituyó una fase de la conquista, pero enseguida el saqueo abierto y salvaje cesó y dio paso a otra etapa de la dominación. Con mayor o menor énfasis las áreas conquistadas se rehabilitaron, se reconstruyeron las condiciones de producción, se integraron las redes de intercambio a las estructuras dominantes y, en general, se permitió o se fomentó el resurgimiento de una economía viable y sostenible a largo plazo.

Esto no quiere decir, por supuesto, que las nuevas condiciones fuesen buenas para los pueblos conquistados y que no hubiese explotación. El sometimiento y el tributo forzoso eran parte del nuevo arreglo. Pero este nuevo arreglo fue posible porque el saqueo no agotó la economía local ni destruyó la capacidad de regeneración de las estructuras productivas. Que esto ocurriera en esta forma fue posible porque detrás de las conquistas existía un aparato estatal con intereses a largo plazo. Esta estructura administrativa se encargó, en cada caso concreto, de canalizar los recursos y energías hacia esta reconstrucción post-conquista.

Pero en América los mecanismos de la conquista, especialmente en los períodos iniciales, fueron bien distintos. A pesar de que la conquista de las Indias se hiciese en nombre del Rey de España y con su mandato y autorización expresados en las capitulaciones, el asunto fue de carácter privado. Cada conquistador tenía que reclutar su propia hueste, adquirir embarcaciones, armas y pertrechos y financiar todos los gastos de la expedición. Se esperaba, además, que de tal aventura hubiese algún resultado de provecho para la Corona, ya que de lo contrario el capitulante se exponía a un juicio y al descrédito perpetuo. La única alternativa posible era, pues, extremar el saqueo para atender en forma inmediata al pago de las deudas contraídas, a las promesas y compromisos adquiridos y a las obligaciones con la Corona. Estas empresas privadas buscaban resarcir en poco tiempo sus inversiones y adquirir riquezas que aseguraran el bienestar de los integrantes de las huestes en

un territorio inhóspito y aislado, o que les garantizaran prosperidad a su regreso a Europa.

Detrás de estas iniciativas privadas, desordenadas y voraces, no hubo por mucho tiempo una administración estatal y, cuando por fin apareció, fue débil e ineficaz. Nadie tuvo la intención ni el poder de restaurar las estructuras de producción indígenas, que se fueron desintegrando progresivamente con las consecuencias conocidas: drástica reducción demográfica y pauperización generalizada. La respuesta de los conquistadores, ahora convertidos en encomenderos, fue extremar la explotación, lo cual solo logró empeorar la situación. El resultado final fue el colapso definitivo del aparato productivo indígena a fines del siglo XVI, un desastre económico y cultural que tardó siglos en empezar a recuperarse. La conquista, dejada a manos de estos empresarios privados, no podría haber sido peor manejada.